

## *El Payaso*

( CUENTO )

—¿Te parece bien el que nos casemos?

Martín, el clown, no tuvo tiempo de escuchar de labios de Jhade otra cosa. Le llamaron a escena. Saltó a la pista tan contento como no lo estuviera nunca. Jhade era la amazona bella de la que él estaba enamorado. Le parecía increíble el verse correspondido de aquella manera tan espontánea y feliz. ¡Jhade sería de él, para él, y él querría tener muchos hijos, muchos, para que todos ellos conocieran y se enorgullecieran, como él, de la madre bella!

Rió. Y comunicó su reír al público que llenaba las graderías.

Jhade era hermosa, demasiado hermosa para los años del clown soltero. Pero ella le había dicho a ver si le parecía bien el que se casaran. No la hubiera podido ni contestar de alegre que estaba. ¡Casarse!, ¡casarse con Jhade, la bella amazona!, ¿qué más quería él? Reía. Reía con todas las fuerzas de su alma, con unas voces de sonido largo, sonoro, excitante. Jhade sería su esposa, y él, entonces, sería feliz. No tendría ya que tocarla más veces la concertina a la luz de la luna, sentado contra las ruedas de su carro, bajo la ventanita de cortinas de percal, haciendo suspiros de vez en vez para escuchar, ora ilusionado, ora enternecido, la voz clara y luminosa de la mujer, que dentro del carro, y muchas veces sentada junto a él, cantaba aquellas canciones rusas siempre tristes, terriblemente tristes, que hablaban con melancolía especial de amores perdidos en la timidez y candor de un alma femenina, como aquella de

No te diré, no te diré  
cuánto te quiero.

Ya no tocaría más la concertina dando a la mujer la serenata. La luna se tendría que quedar sola, grande y gallarda, enrejada por los dedos de palo de algunas ramas de un árbol raquítrico y medio tuberculoso.

Si alguna vez ella le pidiera una pieza, la que a ella más le gustase, él no se haría de rogar. Atendería a su ruego manejando el instrumento felizmente, con toda la alegría que llenaría su alma satisfecha. La serviría en todo, en todo, y se sentiría demasiado correspondido por saberse de ella, para ella, en un matrimonio puro y santo que les permitiría sobrellevar, ágiles y dispuestos, aquella vida de inquietos nómadas circenses...

Unos aplausos parecieron despertarle.

¡Ah, estaba en la pista! Todas las miradas eran para él. Martín veía los ojos de los niños de las primeras sillas abiertos desmesuradamente, como sorprendidos ante lo que esperaban de su actuación.

—Pues, bien, sí —pensó el clown—; hoy será el día que más agradablemente y entusiasmado haga mi trabajo.

Y se acercó a un niño.

—Erase que era... —empezó para el niño, como contándole un cuento.

Otros niños miraban a éste, envidiándole, deseando ser ellos a los que se dirigiera el payaso.

Hacia un momento había saltado a la pista. Hizo su presentación como otras veces, aguardando a que acabara de hablar el jefe de escena en el micrófono, esperando a que comenzara a marcarle la entrada la orquestina con su pachín-pachán alegre, de marcha de pies equivocados y torpes, asomando su cara empolvada y cómica por la cortinilla granate del interior, sabiéndose observado por la expectación, moviendo él sus ojillos pintados y ojerosos nerviosamente, bajando y columpiando sus párpados en una patarata de gran recurso... ¡Era feliz! Saltaría para el público como nunca, y les contaría grandes cosas, y les haría grandes parodias, y les comunicaría su alegría, su felicidad, su entusiasmo por la vida, con todo el candor y fuerza de que sería capaz en su arte de buen payaso.

Luego sonó la música, y él salió. Pero salió tropezándose, comenzando a hacer reír a todo el público que le aguardaba.

Ahora seguía con el niño. La orquesta tenía catarro en un dulce vals; el saxofón renqueaba en la melodía... Martín comenzó a bailar, haciendo giros con sus grandes zapatones, hiriendo las luces las mil lentejuelas de su traje, brillantes y diseminadas, que tenía con gran elegancia por toda la tela de seda rica, en un traje ancho y ridículo, pero muy de circo; un traje que todos conocían, planchado, sin la menor arruga, siendo parte y factor esencial de sus parodias.

—¡Deja a los niños, Martín! —chilló alguien entre el público.

El clown se enfadó. ¡Dejar a los niños! Pero, ¿qué se creía aquel hombre? Los payasos son siempre de los niños, para los niños, porque éstos son los que los desean y los que no permiten que desaparezcan. Miró hacia el fondo de la penumbra de las gradas y chilló:

—¡Aquí todos somos niños!

Sí, eso era. Lo había dicho bien. Allí todos eran niños, gentes ingenuas que venían a reír con sus parodias, siempre viejas y siempre graciosas, pero por ellas, aunque las tuvieran muchas veces oídas y aplaudidas. Se irguió, y en su rostro, todo cubierto de harina, parecieron destacarse todas las satisfacciones de que era dueño, y de las que se sentía dispuesto. Además, había dicho una gran verdad con todas las fuerzas de que era capaz y por ello se sintió aún más satisfecho.

—¡Que te crees tú eso, payaso! —dijo algún otro en voz alta.

Martín se estrujó. “¡Payaso!”. El era un payaso, sí, pero aquella palabra lanzada como insulto pareció conmoverle, recorriendo por todos sus nervios una corriente de inseguridad.

—Vaya —dijo—, uno que ha pasado la meningitis.

Varios rieron.

—Sí —prosiguió satisfecho—, porque de cada cien que pasan la meningitis, noventa y nueve se mueren, y el que queda...

—¡Es tonto! —gritaron a la vez muchos niños como alborozados por la salida del clown, que ellos ya conocían por vieja y bien intencionada.

Ya tenía que acabar el número. Martín, el clown, se acercó al micrófono y ante éste silabeó gracioso sugerentes chistes de su invención llenos de ingenio... ¡Chas-chas-chas!, hacían las manos. Martín fué a retirarse. La música había vuelto al pentagrama y sonaba nuevamente la marcha gangosa y alegre que acompañaba al clown.

—Vuelve, Martín, vuelve... —le rogaban algunos con sus voces sonoras por encima de los ruidos de la música y los aplausos.

Pero Martín no podía volver, estaba demasiado impaciente por estar otra vez con Jade... Saludó, hizo como que se le doblaban las piernas, unas piernas que el payaso tenía delgadas y viejas.

Pachún-pachán, hacía la música. Martín dió un tropezón y se escondió presuroso tras la cortinilla granate. ¡Ya había acabado su trabajo! Se quedó un rato enganchado en la cortinilla brillante, por el lado que ésta estaba manoseada y sucia, como recobrando el aliento y la calma. La fatiga de la corrida se le iba...

—Sal otra vez, Martín —le pidió el *regisseur*.

El clown tenía los ojos en blanco, la boca reseca, con la lengua en movimiento, humedeciendo los labios.

—No, no puedo —dijo, Y cogió el vaso de agua que le ofrecía un mozo—. Hoy no puedo...

Y acabó con el agua.

Rígido, se dirigió a su camarote. Ante el espejo roto y mugriento fué quitándose los postizos y los polvos y coloretes de la caracterización, haciendo reaparecer nuevamente su rostro, el verdadero, no aquel de la pista y de los grandes carteles de propaganda de a mil colores que se fijaban en todas las paredes y vallas de los pueblos.

Frente al espejo sonrió, enseñando una dentadura rota, sucia y carcomida.

No tenía tiempo de desnudarse. Iría así, con el traje de seda de la pista cuajado de lentejuelas, con la cara medio enharinada, en busca de Jhade. Hablaría con ella largamente, entusiasmado, feliz, como se lo había imaginado, indagando el motivo que la indujera a decirle aquello:

—¿Te parece bien el que nos casemos?

Saltó de su carro dispuesto a todo. El circo estaba allí, con él, grande, majestuoso, silueteado por unos reflejos de luces potentes, por focos que fijaban monedas sobre el toldo remendado y sudoroso que lo envolvía... Unas banderitas en el chapitel, en la punta de los mástiles del centro, se movían culebreando en el aire sereno de la penumbra, casi sobre el cielo de las primeras estrellas.

—¿Sabes que se casa Jhade? —le dijo, según pasaba, Sirilund, el fakir.

Martín iba pegando brincos, alborozado. Y sonriendo al compañero, le contestó un poco burlón:

—Claro que lo sé...

Naturalmente que lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo si ella misma se lo había dicho y era él el que iba a ser su compañero en la ceremonia? Siguió ligero, dando nuevos brincos, sintiendo todos los latidos de la noche sobre su cuerpo. El aire olía a rocío y el silencio tenía sonoridades de verde, de hierbas que él iba pisando, que crecían bajo todo el campamento de la compañía, instalada en una pradera.

El sonido de la orquestina llegaba a los oídos del clown como si fuera el nerviosismo y el sudor del circo. Era un sonido que se perdía de vez en cuando tapado por los aplausos y el rumor del entusiasmo de un público glotón.

El carro de Jhade estaba cerca.

Martín, el clown, rememoró el día en que conociera a Jhane.

Aquel día fué cuando se enamorara, cuando por primera vez en su vida sintiera aquel sentimiento tan conmovedor e inquieto y del que él dijera anteriormente que era una paparruchada el que pudiera existir...

—A-a-a-a... —cantaba una voz quejumbrosa aquella noche en los finos oídos de Martín.

En el cielo había un movimiento insoportable. Martín chupó largamente su cigarrillo para tirarlo con fuerza. Hacía una noche demasiado serena para toda la agitación que le embargaba; sus nervios tenían ganas de destensarse. La luz nostálgica y plomiza de la luna se metía por entre sus pupilas irritadas. Y debía de ser muy tarde...

—¡Sí, la vida es una broma horrible! —repetía sin notarlo aquella noche el pobre Martín.

Rió un poco nervioso y se echó cuan largo era sobre un toldo recogido, mientras se llevaba un nuevo pitillo a la boca. A la luz del fósforo sintió brillar sus ojos. Tragó con suavidad el humo, como serenándose, y cambió por unos momentos de ideas.

Pero, no obstante, la vida era una cosa horrible. Se sentía amargo. Roto, con una terrible tristeza encima, veía correr los días y los días sobre su despellejada vida. Y era una vida espantosa, espantosa...

Aquella noche apareció por primera vez ante sus ojos la bella Jhade.

Aquella mujer le transformó. Sólo le dijo:

—¿Qué, cansado?

Y él la sonrió como idiotizado.

—Sí... —la contestó—, y si no es eso, algo parecido.

La vio marchar ligera y gallarda, con aquel bello andar de ondulaciones, de pista, lleno de encantos y de excitación.

La mujer le dejó turbado. Se olvidó de toda la tragedia que había ido rememorando y comenzó a pensar en la amazona. Queriendo despertar en él su verdadera personalidad, se esforzó por buscar un pretexto en su misma conciencia para tranquilizarse, para engañarse. Pero, no... ¡ya estaba enamorado! La vida cambiaba de color y de idea.

Las paredes de la noche parecieron estrecharle. Estiró las piernas, con violencia, como para alejar de sí la inquietud enloquecedora que le comenzaba a envolver, y pegó contra un cajón viejo, haciendo un fuerte ruido y rompiendo varias tablas que quedaron colgando, inmóviles, sostenidas por unos invisibles clavos...

Fuera de sí, se enderezó bruscamente.

\* \* \*

Acababan de dar las dos de la madrugada.

Martín se dijo que ya era tarde. Con las manos sudorosas, en un sudor producido por el nerviosismo y la emoción que le embargaba, metidas en los bolsillos, caminó más presuroso que nunca, impaciente, deseoso de ver ya a la mujer que sería su esposa...

Toda la ciudad de vagones estaba en la sombra. Un guarda se cruzó al paso del clown, saludándole. Oía a rocío tibio. En el interior del payaso seguía hirviendo la gran sensación de la noche, de las palabras de Jhade, la amazona, diciéndole aquello del casamiento.

Ya estaba en el carro de la mujer. Dentro había luz y se oían algunas voces. Martín fué a entrar.

—Está con monsieur y con Sisa —le dijo alguien.

Se dió vuelta. Sobre una rueda rota, medio tumbado, estaba el tonto de hacer reír, el asqueroso y viejo sapo de Esopo.

—¿Y qué? —le respondió el clown un poco irritado.

Dentro estaban monsieur Colet, el dueño del circo y Sisa, la contorsionista. ¿Qué harían dentro? ¿Habrían ido a ver a Jhade para darla la enhorabuena enterados de su decisión?

Entró.

—Buenas noches —casi silabeó, nervioso.

Jhade se dió vuelta y se puso en pie, dejando que gimiera el viejo sofá que ocupaba un lado del carro.

—¡Oh, Martín!... entra, ven.

Martín rió un poco sinsorgamente.

—Hola, monsieur... y Sisa.

Los tres le miraban. Monsieur Colet estaba fumando tranquilamente uno de aquellos enormes puros que acostumbraba a llevar siempre en la boca.

—¿Qué te parece esto, eh, Martín? —se dirigió a éste.

Martín había agachado la mirada, en una turbación que se había introducido en su alma con la presencia de la amazona que no quitaba, de su cuerpo grotesco y feo, sus bellos ojos de mirada luminosa.

—Bien, bien... ¿qué podía parecerme si no?

En el respaldo de una silla estaban las ropas ligeras de la amazona, un poco revueltas, y en el suelo, echadas de cualquier manera estaban sus zapatillas, sus zapatillas... Y aunque estaban llenas de polvo, Martín las hubiera recogido y besado eternecido.

Todo parecía ser divertido y enorme.

—La ceremonia será dentro de dos días, el martes, y la novia irá de blan... —le decía Sisa casi al oído.

La noche era clara y transparente.

—Ya... —casi se asustaba el clown.

Dentro de los oídos del payaso sonó la risa sonora del dueño del circo como un millar de alfilerazos dados con fuerza... ¿Por qué se reía? ¿Tan feliz se podía sentir por su boda? ¿Es que acaso le estimaba tanto cuando nunca parecía habérselo demostrado?

—Seremos felices... —casi se envalentonó.

Jhade le miró.

—¡Ya lo creo!... Marcel me ha dicho que tendré...

En la cabeza de Martín entró aquel Marcel como un trozo de hielo. “¡Marcel, Marcel!... ¿Por qué llamaba ella a monsieur Colet por su nombre de intimidad?”. Escuchó:

—...todo cuanto quiera. Seré la dueña del circo. Trabajaré de vez en cuando, cuando se me ocurra... Y haré los posibles por tener muchos hijos, como siempre he soñado...

Martín temió caerse.

—Pero, ¿cómo? —sollozó.

—Pues, claro —le atendió monsieur Colet—. Y la daré todo cuanto quiera, y viajará, y será feliz... ¡Para eso será la dueña del circo más grande del mundo!

Martín sintió algo más extraño que todo lo que había podido sentir nunca.

—Ya... —casi sollozó otra vez, pero ahora con lágrimas de terror, de ridículo, de verse tal como era, grotesco, viejo, asqueroso para aquella mujer joven y hermosa que llevaba el nombre de Jhade.

Abrió la puerta con fuerza y saltó del carro loco, loco, sin decir siquiera buenas noches, sin decir siquiera a la muchacha que se alegraba mucho, que la deseaba fuera feliz, buena esposa, dichosa... Corrió y lo hizo como un anormal, sin pegar tropezones para la hilaridad de un público de pista... Pero corrió hasta asfixiarse, hasta sentirse casi muerto.

Cuando entró en su carro, en sombra, se dió cuenta de que tenía un horrible nudo en su garganta. Era como si su alma fuera un violín al que se le hubiesen roto las cuerdas y se hubieran recogido, apilonadas, nerviosas, ensortijadas, en su garganta.

Martín lloró. De lejos se oyó el ladrido de un perro. Era un ladrido lastimero, de hambre, de ansia de libertad. La luna dejaba caer sus cabellos plateados por entre los barrotes de la ventana del carro del payaso... Este, lloraba, lloraba. Aún estaba vestido con sus galas de pista, ridículas, terriblemente llamativas con sus mil lentejuelas sembradas por toda la seda rica y bella; pero las lágrimas del payaso sabían a nuevas lentejuelas, de más valor, que casi parecían estrellitas del alto techo de la noche...

Martín comprendía ya todo.